

Los empresarios en la mente de Paulo VI

• FERNANDO STORNI, S. J.

FORJADORES DE UNA SOCIEDAD MAS JUSTA

EL Pontífice Paulo VI ha aprovechado la ocasión que le presentaron los empresarios cristianos italianos con motivo de festejar su XI Congreso Nacional y ha trazado un bosquejo de lo que es y debe ser la actividad empresarial.

No hay duda que en el amplio campo de las actividades humanas se destaca hoy en día la función del *operativo económico*. El dirigente de empresa y su acción engendran trabajo, empleos capaces de dar ocupación y pan a una enorme multitud de trabajadores y colabo-

radores. Y toda la actividad tiende a la transformación de la naturaleza y de la misma sociedad. El sistema empresarial rige tanto en el orden liberal o neocapitalista como en el de la economía dominada por el Estado. Los empresarios son hombres claves en el mundo económico y de ellos depende en gran parte el clima en que millones de personas realizan sus tareas. Fuerzas técnicas, industriales y científicas y el hombre mismo encuentran su agente catalítico en la actividad del empresario. Por eso les dice el Papa:

"Cualquiera que sea el juicio que se quiera dar de vosotros, habrá que reconocer vuestra capacidad, vuestra

potencia y lo indispensable de vuestra presencia. Vuestra función es necesaria para una sociedad que del dominio de la naturaleza saca su vitalidad, su grandeza, su ambición”.

REPRESENTANTES TIPICOS DE LA VIDA MODERNA

El fenómeno industrial ha plasmado al mundo moderno que se caracteriza por el dominio cada vez más amplio de la naturaleza y aun por la creación de nuevos materiales. Esto ha sido provocado por el desarrollo más amplio de las mismas facultades humanas que en los inventores y en los empresarios ha mostrado acabadamente el reflejo del Pensamiento divino. La posición del empresario en ese mundo industrial no solamente es eminente sino que es estratégica y representativa. Estratégica en cuanto significa ordenación y propulsión hacia nuevos objetivos que la sociedad humana necesita alcanzar para su mejor bienestar. Y representativa porque la humanidad de hoy ve en el empresario a uno de sus productos más típicos y más necesarios para ulteriores desarrollos. La Iglesia no teme reconocer lo bueno que en una actividad semejante es dable encontrar. Y así define su actitud ante el mundo moderno: una actitud de atención, de comprensión, de admiración y amistad. La Iglesia sabe que debe mirar con atención esa actividad por los peligros en ella involucrados. Al mismo tiempo, comprende al empresario como parte de ese inmenso movimiento de dominio de la tierra que la misma voz de Dios inició como un mandato para el hombre ya en el Paraíso y que no fue abolida por el pecado original; de allí

su admiración y su amor que La hace más vigilante y ansiosa a fin de que todo el mundo industrial se mueva bajo la mirada benevolente de Dios.

EL SENTIDO CRISTIANO DE LA ACTIVIDAD EMPRESARIA

Pero los empresarios presentes en la audiencia hacen además profesión de cristianos. ¿Qué añade esto a lo anterior? Ante todo el Papa emplea dos términos dignos de tenerse en cuenta: fastidio y beneficio. Es curioso el primero. Sin embargo, es cierto que en muchos aspectos el carácter cristiano introduce un elemento de novedad que puede provocar, en el primer momento, fastidio. ¿No se ve esto claramente, por ejemplo, en la relación del ciudadano con el Estado, donde el hecho de la presencia de la Iglesia provoca una doble dependencia, fuente de conflictos? Esta situación ha sido agravada en todos los ramos de la actividad humana donde la actitud laica ha preconizado la independencia de sectores como si no correspondieran a la moral. Y este sistema es el que predomina en el ambiente empresarial y provoca una resistencia que es sufrimiento ante la misma incorporación del término cristiano, ya que éste aparece como una crítica, como una denuncia y proclama un deber en el que no se quiere pensar.

¿Por qué se introduce lo religioso en el campo empresarial? En primer lugar porque es parte de la actividad humana y por lo tanto debe ser moral y todo lo que concierne a la moral pertenece al campo religioso. La actividad empre-

sarial abarca además de la vida del hombre *"en su complejidad y totalidad, en su dignidad y en su superior e inmortal destino"*. Si esta pretensión es cierta, y así lo creemos necesita, por lo tanto, de la presencia de una antropología religiosa.

Pero hay algo más, según la mente de Pablo VI. La misma ausencia de los principios religiosos es la que provoca, en gran parte, deficiencias, desórdenes, peligros y dramas que se viven en la civilización industrial. El elemento cristiano es uno de los que han señalado más agudamente la situación desordenada del mundo creado por la industrialización capitalista. Por eso y a pesar de la resistencia de tal ambiente los cristianos tienen una gran responsabilidad. El aporte del cristianismo a ese mundo no consiste en una actitud paternalista que permita evitar la explosión pasional y fácilmente subversiva de la clase trabajadora. Ante la injusticia, que la luz cristiana debe permitir descubrir más fácilmente, los empresarios tienen una obligación de remediar tal situación creando las condiciones necesarias para que se obtenga también en el mundo industrial la primacía del hombre. Lo cristiano de ninguna manera pretende destruir o detener el dinamismo social y el progreso civil que el fenómeno industrial suele provocar sino por el contrario, asegurarle dándole sus verdaderos fundamentos basados en la absoluta soberanía de Dios y, por lo mismo, en la eminencia del hombre sobre todas las cosas del cosmos.

"Habéis comprendido, prosigue el Papa, que para vosotros la aceptación del mensaje cristiano constituye un sacrificio". Ya que todo el ordenamiento del

mundo capitalista empresarial tiende a exaltar valores incompatibles con el cristianismo, el hombre cristiano debe hacer un sacrificio mayor para hacer ver e infundir en su mundo las verdaderas dimensiones de la obra empresarial y por lo mismo, debe superar el egoísmo no solo personal sino también el de una economía hecha norma y fin de sí misma. El empresario cristiano busca entonces restablecer el sentido de la fraternidad humana y restituye a su profesión el alto sentido de servicio y aun de beneficio para toda la humanidad. Reconoce finalmente en su misma actividad el cumplimiento del deseo del Señor: *"Tuve hambre... tuve sed... estaba desnudo... y me disteis de comer, de beber, me vestisteis"* y siente entonces el gozo de trabajar para la eternidad.

DESORDEN EN EL MUNDO OCCIDENTAL CAPITALISTA

Señala el Pontífice una vez más que la resultante de la moderna organización del mundo del trabajo no es un fenómeno de perfección, de equilibrio, ni de tranquilidad. Los mismos empresarios cristianos deben reconocer que su actividad provoca una aversión por parte de aquellos que deberían reconocer las maravillas de las nuevas formas de trabajo. Es un hecho, que a lo largo del siglo pasado y del actual la profesión empresarial no ha logrado la estima que muchos de sus realizadores merecerían. Y la razón no puede encontrarse en las campañas en contra del capitalismo en general, ni en el odio fomentado por el comunismo sino en la misma actividad en cuanto crea oposición entre poseedo-

res y no poseedores, entre dueños absolutos de medios de producción e indigentes de todo menos de fuerza de trabajo.

El Pontífice señala la contradicción que existe en el cuidado que se ha tenido de hacer progresar las estructuras mecánicas y burocráticas, pero en cambio han quedado atrasadas las humanas. Ya Juan XXIII había señalado la necesidad de transformar cada vez más a la empresa en una comunidad de personas, pero poco se ha hecho en este camino. Por otra parte, la economía clásica ha insistido en ver factores donde realmente existían personas y el fruto lógico ha sido la desconfianza mutua entre los hombres que se incorporan a la empresa. Si esto es así y se habla de los empresarios y de los capitalistas como los únicos culpables debe haber en todo el sistema algo profundamente equivocado para provocar tales reacciones sociales.

EL LIBERALISMO MANCHESTERIANO

El Pontífice reconoce que el capitalismo ha evolucionado, pero todavía perduran instituciones nacidas del liberalismo* manchesteriano. ¿Cuáles son sus características? En primer lugar, la unilateralidad de la posesión de los medios de producción. Es decir, los medios de producción en pocas manos y que no pueden ser alcanzados por el común de los trabajadores a pesar de que dedican la mayor parte de su vida al servicio de esos mismos medios de producción. La solución ha sido ya preconizada por dis-

tintos Pontífices y consiste en la participación de los trabajadores en la propiedad de las empresas. Pero esto aparece para el liberalismo como una verdadera herejía.

La segunda característica del liberalismo manchesteriano consiste según el Pontífice en el predominio del proyecto privado, es decir, los intereses particulares por encima de los públicos o comunitarios. Es ésta una fase primitiva de la era industrial. Los egoísmos provocaron graves daños a la población obrera y a los mismos capitalistas en cuanto sucumbían a las tentaciones del lucro excesivo y eran arrastrados muy a menudo al fracaso de las crisis periódicas que constituían la normalidad del sistema liberal. Se esperaba la solución del determinismo de las condiciones económicas en juego y no se buscaba la armonía social a través del esfuerzo de las distintas voluntades. Existía un planteo materialista de la vida y se volvía a repetir el pecado de colocar al becerro de oro en lugar del verdadero Dios. Y esto es anterior al materialismo dialéctico que también pretende confundir al hombre con la pura materia.

Tal liberalismo no pudo ser superado por el comunismo ya que éste también pretende solucionar las contradicciones de la economía manteniéndose en su mismo plano material. Por eso, los ojos del mundo se vuelven cada vez más hacia una solución cristiana y por lo mismo los empresarios cristianos tienen una gran responsabilidad en el momento actual como forjadores de un nuevo tipo de relaciones humanas dentro de la economía.

LA NUEVA SOCIEDAD QUE DEBE CREARSE

El Pontífice no se contenta con señalar los errores cometidos hasta ahora sino que convoca a los empresarios a realizar una nueva sociedad, basada en los principios cristianos, y para lo cual es necesario "la reconstrucción efectiva de las estructuras económicas".

No es necesaria una revolución siempre y cuando se dé una graduación progresiva, no un estancamiento. De allí las diferencias que podrían anotarse en los distintos países. Mientras en Italia se puede esperar esa transformación a través de una evolución, en América Latina las consecuencias pueden ser fatales si no se produce un cambio con mayor sentido revolucionario.

¿Cuál debe ser el objetivo bien claro? El bien común, que significa, ante todo, *"superación del particularismo de intereses y de mentalidad"*.

Lo vemos en la sociedad actual donde se opone el capital al trabajo como fruto de una mentalidad egoísta. Y además se opone el beneficio propio al bien público. De aquí surge que se afirme y se apoye una concepción clasista de la sociedad, mientras la doctrina cristiana nos insiste en un ordenamiento orgánico social. La iniciativa particular trata de aparecer como norma suprema impidiendo toda racional planificación. Del orden particular se pasa al nacional y se busca entonces el predominio autárquico del propio país aunque esto signifique mantener el desorden en el mercado internacional. La oposición entre una concepción liberal y una concepción cristiana de la economía puede sintetizarse en el predominio en aquella del bene-

ficio propio sobre el beneficio de la fraternidad humana característico del proyecto social-económico cristiano.

Han sido los empresarios con mentalidad liberal y capitalista los que han creado un mundo en el que se han mantenido discordias profundas y desgarrantes en las que solo se ha buscado el predominio de una clase sobre las demás. Por eso mismo corresponderá a los empresarios imbuidos de los principios cristianos la construcción de una sociedad más justa, más pacífica, más fraternal. Y esto porque, finaliza Paulo VI:

"Sois los hombres de las ideas dinámicas, de iniciativas geniales, de riesgos saludables, de sacrificios bienhechores, de previsiones valientes, y con la fuerza del amor cristiano podéis grandes cosas."

"Y Nos, que por deber de Nuestra misión, somos los defensores de los humildes, los abogados de los pobres, los profetas de la justicia, los heraldos de la paz, los promotores de la caridad, a ello os exhortamos y para ello os bendecimos".

Recalca el Pontífice en su bendición final las preocupaciones de su corazón que deben tener en cuenta los empresarios por ser cristianos: los humildes, los pobres, la justicia, la paz y la caridad. Todo esto ha sido descuidado en una concepción materialista de la economía. Para el cristiano no puede ser así. Al contrario debe poner todas sus energías al servicio de causas tan nobles. Esto es lo que espera el Pontífice no solo de los empresarios italianos, sino de todos aquellos que en el vasto mundo tienen la responsabilidad económica en sus manos. ♦